

Las ratas de Santa Clara

Santiago Aizarna

Dicen que los chinos estan ahora celebrando, sufriendo, padeciendo, mordiéndoles el alma, el Año de la Rata, y supongo que será por eso, que, me pongo ahora a escribir y de lo que más me acuerdo es de las ratas de Santa Clara. Y es que, había por ahí, por entre las casas, por en medio de la carretera y la calle Santa Clara, por sobre el canal y las aguas que formaban lo que era la entrada de una vía de agua que surtía, supongo, a la fábrica, a la "fábrica grande" supongo, ¿me atreveré a decir?... Había... una especie, una clase, una serie, un grupo, una estirpe, una raza, un clan, innúmero hervidero de animales de cola larga, de gris negruzco pelamen, de hocico tembloroso como un trozo de tul aleteado por viento de miasmas, de dientes tan agudos y en sierra, de patas como lanosas que iban dejando su reguero de chapoteo por donde pisaban y pasaban, ¡qué tropa!...¡qué horror!...¡qué pesadilla!...

¡Ah, las ratas!... No he tenido la suerte de las gentes de Scyros. Porque su memoria, la de aquellas ratas en el canal, me ha pervivido a lo largo de los años, y aún sigue viva. Dice Orestes por boca de Sartre, en el último parlamento de su tragedia "Las moscas", que "un verano, Scyros se infestó de ratas" y como lo roían todo, los habitantes de la ciudad lo pasaban mal. Y sigue diciendo Orestes que, un día vino un flautista, empezó a tocar la flauta, las ratas le rodearon, se puso en marcha el flautista gritando "¡Apartaos!" a las gentes de Scyros, y las ratas, aún vacilantes, se precipitaron tras sus huellas. Y aquí viene lo realmente magnífico, lo maravilloso: termina Orestes su soliloquio diciendo que "el flautista con las ratas desapareció para siempre". Casi como en el caso de las gentes de Rentería que, sin flautista siquiera, muy pocos se acordarán de aquellas hermosísimas ratas, suculentas ratas que pudieron ser para según quién, desaparecieron para una Rentería que, con el tiempo, se iba alargando en sus arrabales, abandonaba las fronteras hacia Irún y, si en un tiempo, tímida, se prolongaba más allá de las monjas, más allá de Uranga, un poco más allá de los Massa, de los Echeverría y llegaba a la gasoline-

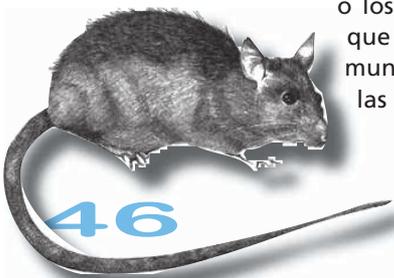
ra por Gabierrota y se iba perdiendo un poco hacia La Fandería, la historia se cerraba ahí, y las ratas seguro que siguieron por un tiempo más, pero, ahora que he perdido pie, y ya ni siquiera puedo reconocer aquella Rentería de mi niñez, decidme, dónde están, adónde se fueron las ratas de Sta. Clara?...

El fenómeno de la globalización, hará, seguramente, que el Año de la Rata por el que atraviesan los chinos, repito, tenga su efectos colaterales entre nosotros. El espíritu humano es proclive a buscar, siempre, el chivo expiatorio; a achacar a un supuesto culpable la autoría de las calamidades que se abaten sobre nuestras tierras, nuestros cultivos, nuestras cabezas. Afortunadamente no estamos en Sichuán (y menos en Beichuán que ni siquiera existe porque el temporal lo arrasó todo) y no se hace preciso escarbar tierras y escombros en busca de cadáveres a miles que, aunque se trate de una medida cruel, ésta de que medir el número de cadáveres puede dar idea de la grandeza de un pueblo; pero la cólera de los cielos se ha mostrado especialmente cruel con algunas cosechas de nuestro entorno, y mejor no pedir su opinión a los damnificados que, con su visión, obligatoriamente desastrosa, nos pueden conmocionar mentalmente y en multitud de ocasiones es mejor acogerse a la técnica del avestruz; la crisis económica es un gran nublado que tardará en disiparse (si alguna vez se disipa, al menos mientras alentemos en carne mortal); no cesa sino que se acrecientan los casos en oleada de violencias de todo tipo; y, bajo todo ese cúmulo de circunstancias adversas, no es nada raro que la sombra del año agreste, del año de la gravitación cruel, este año de desgracias múltiples por el que atravesamos, nos traiga como ráfagas de imágenes más o menos malsanas, nada simpáticas, sumidas en una especie de luz de tinieblas (que es oxímoron que me parece muy apropiado para la ocasión presente). Por esta razón acaso, por venir de sotavento tantos torbellinos lúgubres, tantas ventoleras nefastas, puedo comprender, aunque no sea nada honorable, nada justo y conveniente tampoco, nada generoso por descontado





si la generosidad algo tuviera que ver en el terreno de la evocación y hasta de los onirismos (que en nada les atañen, por supuesto, que estamos más bien en los terrenos de la desproporción errática y nada auto-controlable), que la memoria me restriegue con esa estampa de un pasado de asquerosos perfiles que quizás sería mejor callar, que no es cosa de hombre mínimamente gentil y agradecido el gesto de llegar a un lugar, participar en cierto modo en su vida cotidiana, y llevarse como recuerdo, la imagen de unas descomunales, exorbitantes, gigantescas, alucinantes ratas. Ratas que, según el humor o el malhumor, o la paranoia o la hipertrofia que me domine en el momento de la evocación, puedo verlas como hienas o chacales, como leones o guepardos, como cocodrilos, no sé si como a hipopótamos aunque creo que también, y esto referido únicamente a su conformación y magnitud física, que si entramos en el otro considerando de la teratología, nos encontraríamos, muy pronto, con la comparación con monstruos imaginativos que superarían los caprichos más obscenos, mundos dantescos si acaso, o los de aquel crudelísimo Bosco que fue sádico antes que Sade, mundos de gárgolas que desde las alturas de las edificaciones



medievales nos fueran amagando no se sabe qué torturas siniestras. Y es circunstancia que no debe dejarse de contar que todos nuestros sentidos humanos se sienten influidos por tal recuerdo de tales entes apesotosos, que es creíble que, a la hora de pintar una ciudad de Orán, dominada por la peste, con las calles, con las puertas, con las escaleras llenas de pútridas ratas que en cada pisada desparramaban vientres agusanados, acaso, ni el patrón de mensuraciones al uso de Camus, no percibió tan en colosalismo y en caos grupal a algo comparable con aquella legión de ratas que existían en ese rincón que mi memoria me detalla, ratas que olían desde lejos a no se sabrá nunca qué pestilencias insoportables que superarían al virtuosismo de las mofetas (que ya estamos con el acoso a las pituitarias), a las anfractuosidades de las incomparables narices vascas; que sonaban a una como jerga de gruñidos y de patuleas encarnizadas y ensangrentadas (que ya estamos con la casi punción de hímenes auditivos, las horrisonas griterías que seguiremos oyéndolas más allá de las pesadillas; la visión de amorfas criaturas de feal-



dad insuperable que se hacían sentir como tactables y trepantes (que ya estamos con cuatro de los sentidos damnificados seriamente por su presencia, y aún el quinto, que es el gusto, se alteraba también no se sabe por qué influjos extra o suprasensoriales). De qué manera aquella visión de las ratas de mi edad niña me persigue sería cuestión, acaso, de explicarla en el diván de un psicoanalista, pero caso también sería de injusticia flagrante pensar que es el único recuerdo o, aún más, pensar siquiera que es la predominante memoria, que, a ella, otras muchas evocaciones la acompañan y que son las que constelan toda una edad, la de la desembocadura de la infancia a las puertas de la adolescencia, que será preciso calibrar, para intentar establecer un equilibrio de fuerzas, otras evocaciones menos asquerosas. Claro que existen otras memorias que pudieran paliar, en cierto modo, el craso horror de esas criaturas de pesadilla, pero es que la memoria me grita, dónde están, adónde se fueron, por qué esta maldita imagen imborrable que me dejaron incrustada las ratas de Santa Clara?...

